

Lectura e infancia

Jorge Monteleone
CONICET

Porque a menudo esas horas parecieron perfectas, porque la melancolía suele reservarle la agria memoria de su duelo, porque no hay nimiedad que, en el centro sobrio de la luz -luz diurna, luz vespertina, luz de vela, luz de lámpara- no pueda ser recordada, es que la lectura en la infancia no entra en el olvido y su sola evocación tiene la fuerza de un tesoro largamente prometido al deseo. Por ello siempre me resultó atractiva la paradoja que Proust plantea al comienzo del ensayo que precede su traducción de *Sésamo y los lirios*, de John Ruskin, “*Sur la lecture*”. Escribe Proust:

Il n'y a peut-être pas de jours de notre enfance que nous ayons si pleinement vécus que ceux que nous avons cru laisser sans le vivre, ceux que nous avons passés avec un livre préféré.¹

Proust no sólo reúne la lectura a la infancia, cuando ese acto es entonces, como muchos otros, inaugural, sino especialmente lo vincula a un modo de vida más intenso, más pleno. La vida que en el momento de ser vivida durante la lectura parecía vaciada de sí, vida no vivida, revela, al ser

evocada, una acendrada condición existencial: la vida más intensa. Ese paradójico vínculo con la infancia define, creo, uno de los rasgos posibles de la lectura literaria en relación con la experiencia.

La unión de lectura e infancia parece en principio una contradicción en sus términos, ya que etimológicamente la *in-fancia* alude al momento previo a la adquisición del lenguaje. Ese momento inmarcesible del yo, en el cual el mundo aún no fue designado por la lengua materna o apenas se mece en un horizonte de signos que mal se distinguen del sonido mundano; esos días en los cuales los objetos habrán de revelarse en una presencia grandiosa y primera, como surgidos de una luminosa espuma en una playa sola, esos mismos días han generado las fantasías de un momento de experiencia *pura* —que es también un momento de experiencia *muda*, preverbal, donde el sujeto aún no ha ingresado al mundo simbólico. Ha generado, además, las fantasías de una humanidad inocente, la “infancia de la humanidad” en la cual las cosas y los hombres estaban unidos en una aurora de presencia.

Giorgio Agamben ha demostrado, en su ensayo “Infancia e historia”, que, de hecho, el origen de la infancia y el origen del lenguaje son una y la misma cosa.² La fantasía de una experiencia muda originaria, que pueda entenderse como una infancia del hombre, se eclipsa toda vez que se reconoce el lenguaje como origen mismo de lo humano. Lo cual significa que no sería posible aislar esa conciencia preverbal porque toda subjetividad humana se constituye en el lenguaje. Agamben sigue en esto las acuciosas conclusiones de Benveniste: “Es en y por el lenguaje que el hombre se constituye como sujeto, porque el solo lenguaje funda en *su* realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto

de *ego*".³ La conclusión de Benveniste está lejos de ser una noción esencialista. De hecho, considera que si la subjetividad se funda en el lenguaje, el pronombre *Yo* es una forma vacía que la lengua proporciona para que cada locutor, cada sujeto, se apropie de ella en una instancia de discurso. Así es como la subjetividad crea en el lenguaje, y acaso fuera de él, la categoría de *persona*.

Pero Agamben, a partir de esta afirmación, comienza a desarrollar un pensamiento paradójico. Si precisamente no puede hablarse de un paraíso sin lenguaje como un origen de lo humano, asimilándolo a la infancia, en cambio el lenguaje es precisamente el que alza, como un velo que desoculta y a la vez distancia, un espacio único donde lo humano manifiesta su herida discontinuidad, el hiato que la constituye. Si es el lenguaje lo que funda la subjetividad, si es el lenguaje lo que constituye el sujeto ¿acaso no es la infancia, ese estadio previo al lenguaje en la experiencia humana, lo que establece el límite único en el cual dicha experiencia, que todavía no ha sido subjetivizada, puede percibirse como una experiencia *pura*? Es decir, precisamente porque el lenguaje constituye al sujeto, es posible concebir una experiencia presubjetiva y trascendental, en la cual el hombre se halla en el mundo pero todavía no es un hablante. Y así afirma Agamben su paradoja: "*Que el hombre no sea desde siempre hablante, que haya sido y sea todavía in-fante, eso es la experiencia*".⁴

Infancia y lenguaje se constituyen así mutuamente, se condicionan entre sí y, de ese modo, el sujeto es de hecho el lugar de pasaje de esa discontinuidad, de esa desgarradura entre lo que no se habla todavía y lo que será nombrado. Así, el momento en el que el sujeto dice *Yo*, es el inicio de la escisión entre ese estado de infancia y el de la entrada en la historia. O, mejor dicho, la historicidad de lo humano provendría de

esa discontinuidad esencial, entre el momento en el que el ser humano es *infante* y ese otro en el que se constituye en el lenguaje como sujeto, es decir, al volverse *hablante*. En este sentido, afirma Agamben, la verdadera experiencia significa “volver a acceder a la infancia como patria trascendental de la historia”, aun cuando para hablar, para historizarse, deba despojarse de su infancia.

Esa noción de infancia, en sentido estricto, no es la misma que la de Proust, donde el niño ya accedió al lenguaje. La infancia proustiana es, ya, la edad de la niñez previa a la pubertad, como la definen los diccionarios. Y sin embargo, en su evocación de la infancia, hay todavía un estado donde lo verbal parece penetrado de un vínculo más inmediato con una experiencia pura. De hecho, cuando Proust evoca los días de lectura en la infancia, lo evocado es menos lo leído que las horas en las cuales el mundo nacía por primera vez a la atención. En esa añoranza, la vida misma, y sus minúsculas necesidades diarias, surgen como la interrupción de la lectura: la vida, parece sugerir Proust, es aquello inoportuno que sucede para distraernos de lo que leemos.⁵ Sin embargo, esa “vida” es la vida de los hombres hablantes, no toda la realidad: no es, por ejemplo, la vida que se desprende de los objetos, la vida inherente a las cosas del mundo. Porque ellas, no sólo no interrumpen la lectura, sino que la intensifican, precisamente por estar vacías de sentido. Proust recuerda así las lecturas de los días de vacaciones, la mañana en el que el niño Marcel se dirigía al comedor, cuando toda la familia había ido de paseo. La hora del almuerzo estaba lejana y en el silencio del cuarto, que sólo interrumpiría la criada Félicie, los objetos del mundo adquirirían su más absoluta materialidad. Y algo más: una cierta sustancia lingüística, pero como si fueran signos de una lengua no proferida, una lengua de signos sin sentido que se sostiene en derredor.

Cuando evoca ese momento de lectura de la infancia, Proust no recuerda, como dije antes, aquello que estaba leyendo, sino precisamente el mundo de las cosas, que aumentaban su temprana nitidez y, sobre todo, diseminaban en la luz estival una particular lengua *sin sentido*. Las cosas hablaban a su modo, pero de un modo diverso del habla humana, como si poseyeran un centro inefable que, sin embargo, no llegaba a interrumpir el sentido que se desprendía de la lectura sino, de algún modo, a exaltarla. Escribe Proust:

(...) et où je n'aurais pour compagnons, très respectueux de la lecture, que les assiettes peintes accrochées au mur, le calendrier dont la feuille avait été fraîchement arrachée, la pendule et le feu qui parlent sans demander qu'on leur réponde et dont les doux propos vides de sens ne viennent pas, comme les paroles des hommes, en substituer un différent à celui des mots que vous lisez. ⁶

Quiero subrayar este matiz esencial: las cosas que rodeaban la lectura de la infancia no sólo *no* interrumpían la lectura, sino que proporcionaban una especie de límite, de umbral. De tal modo que siendo una *especie de lenguaje*, poseían otra significación, lejana de las palabras de los hombres, pero sin embargo en convivio con el sentido de *lo que estaba siendo leído*. Esa unión de las palabras vacías de sentido de las cosas (los “*doux propos vides de sens*”, que no son sólo las palabras que tienen un fin, un designio, sino también son las palabras intercambiadas en una conversación, en un acto discursivo) y las palabras leídas, resumen esa hora de la infancia como una experiencia unitaria.

El rumor de las cosas seguía fluyendo con la misma

fluencia de la lectura: cada tanto, Marcel oye el ruido de la bomba de donde chorreaba el agua y levantaba los ojos del libro para mirarla, y allí también descubría el sendero del jardín, que bordeaban los arriates de las flores y desde allí los ojos se extraviaban en el cielo abierto de visajes, cielos tristes anteriores a las tormentas semejantes al fin del día. Y de pronto, en esa contemplación, irrumpía la mujer que disponía los cubiertos en la mesa, *hablando*, y luego llegaban al comedor los familiares que regresaban de su caminata, *hablando*. Y preguntaban la hora y exaltaban la llegada inmediata de la comida y comentaban otras habladurías y rumores de Estado, y desplegaban así la verborragia insidiosa de los hechos. Hasta que los padres de Marcel pronunciaban esas palabras fatales: “*Allons, ferme ton livre, on va déjeuner*” (“Vamos, cierra tu libro y vamos a almorzar”). Y Marcel cerraba el libro y comenzaba el almuerzo. Un almuerzo que al niño Marcel le parecía excesivo, dilatado. El narrador recuerda entonces a su abuela, que apenas probaba los platos, con juicios sumárisimos sobre la conveniencia de la sencillez en el arte y en la gastronomía, donde el bife con papas fritas se transforma en una especie de “Sonata patética” de la cocina. Y recuerda la esmerada tarea del tío al preparar el café en la cafetera de vidrio o su probidad, del todo pictórica, para alcanzar un rosado perfecto cuando mezclaba las frutillas con la crema en proporciones exactas. Y al fin, después del almuerzo, Marcel volvía a su lectura. Subía a su cuarto, cerraba las ventanas y abría otra vez su libro. En ese punto la narración de Proust abandona el habla humana y regresa, otra vez, al habla de las cosas y, de nuevo, calla sobre lo que era leído. En el pasaje anterior había establecido un contraste entre las palabras sin sentido de los objetos que acompañaban la lectura y su interrupción por el habla trivial de la vida. Y sin embargo sentimos misteriosamente que ambos escenarios, el reservado de la lectura y el verborrágico de las personas, también se

hallan unidos, como si uno fuera el límite necesario del otro. Unidos como una dialéctica de contrarios, unidos como dos términos de una discontinuidad en la cual mutuamente se convocan. Unidos en el escenario de la infancia que también vive en ese hiato entre lo no dicho, o lo dicho con una lengua preverbal, y lo nombrado en el lenguaje de los hombres. Ese escenario infantil que hallaba en la lectura su piedra imán, su eco repetido, su espejismo propicio.

Al volver a su cuarto de lectura, los objetos que rodeaban a Marcel recuperan su total soberanía y el relato acentúa su descriptiva minuciosidad. Escribe Proust al hablar del cuarto de la lectura de la infancia:

Ces hautes courtines blanches qui dérobaient aux regards le lit placé comme au fond d'un sanctuaire; la jonchée de couvre-pieds en marceline, de courtes-pointes }a fleurs, de couvre-lits brodés, de taies d'oreiller en batiste, sous laquelle il disparaissait le jour, comme un autel au mois de Marie sous les festons et les fleurs, et que, le soir, par pouvoir me coucher, j'aillais poser avec précaution sur un fauteuil où ils consentaient à passer la nuit; à côté du lit, la trinité du verre à dessins bleus, du sucrier pareil et de la carafe (toujours vide depuis le lendemain de mon arrivée sur l'ordre de ma tante qui craignait de me la voir 'répandre'), sortes d'instruments du culte — presque aussi saints que la précieuse liqueur de fleur d'oranger placée près d'eux dans une ampoule de verre— que je n'aurais pas cru plus permis de profaner ni même possible d'utiliser pour mon usage personnel que si ç'avaient été des ciboires consacrés, mas que je considérais lar-

*guement avant de me déshabiller, dans la peur de les renverser par un faux mouvement; (...).*⁷

Y así continúa, casi indefinidamente, con un registro detallado y pertinaz de todas las cosas, una a una, poblando el espacio en el cual la lectura tiene lugar, como si conformaran el umbral mismo del lenguaje. Esas cosas habían sido colocadas allí para “la utilidad de nadie”, escribe Proust, y:

*(...) peuplaient ma chambre de pensées en quelque sorte personnelles, avec cet air de prédilection, d'avoir choisi de vivre là et de s'y plaire, qu'ont souvent, dans une clairière, les arbres, et, au bord des chemins ou sur les vieux murs, les fleurs.*⁸

Y nuevamente Proust reintroduce esa especie de lenguaje no dicho, que se traduce como una especie de pensamiento en ciernes, como una inmanencia que las cosas parecieran compartir con una conciencia pre-lingüística y, por lo tanto, pre-subjetiva, como si ello fuera el marco adecuado, el único marco posible a la continuación de la lectura. Y a tal punto ese conjunto es pre-subjetivo, que cuando Proust evoca luego su preferencia por las habitaciones de los hoteles decoradas con objetos inútiles y de un gusto opuesto al suyo -es decir objetos desterrados de toda instrumentalidad, desterrados de una cultura previsible o acostumbrada, en su pura manifestación material de ser objetos frente a su contemplador, objetos presentes en una hora del mundo- entonces Proust considera que allí nada encuentra de su pensamiento conciente porque es allí mismo, escribe, “où mon imagination s'exalte en se sentant plongée au sein du non-moi” (“donde mi imaginación se exalta sintiéndose sumergida en el seno de mi no-yo”).⁹

En el resto del ensayo esa evocación de la lectura de la infancia reitera su mecanismo: cuando evoca su lectura en la reclusión nocturna a la llama de una vela, pero presintiendo la gravitación de la calle vacía en la noche bajo la ventana, o cuando evoca la lectura en el parque abierto, junto a la alameda, donde nadie podía encontrarlo, advirtiendo los frutos, las amapolas, el estanque de los cisnes. Nada se le escapa y por ello concluye que, cuando debe mencionar las lecturas de la infancia, ha escrito sobre cualquier cosa menos sobre los libros, porque esas cosas no “le han hablado de ellos”. Pero esas cosas, que reaparecen en su relato como recuerdos de una experiencia vivida, son precisamente las formas que lo condujeron “à recréer dans son esprit l’acte psychologique original appelé Lecture” (“a recrear en su espíritu el acto psicológico original denominado *Lectura*”).¹⁰

Y en este punto comprendemos que el acto original de la lectura corresponde a ese origen de lenguaje que es la infancia como espacio inefable de una experiencia. Baudelaire también lo había previsto, cuando afirmaba que el genio no es otra cosa que “la infancia *reencontrada* a voluntad”. Baudelaire, que de hecho había poetizado sobre la pérdida de la experiencia, hablaba de la potencia imaginaria que permitía retornar a ese espacio de la experiencia aurática, basada en una curiosa penetración de la vida exterior:

*C’est à cette curiosité profonde et joyeuse qu’il faut attribuer l’oeil fixe et animale extatique des enfants devant le nouveau, quel qu’il soit, visage ou paysage, lumière, dorure, couleurs, étoffes chatoyantes de la beauté embellie par la toilette.*¹¹

Esa percepción infantil era lo que Baudelaire reclamaba para poblar el ideal con el recuerdo de las cosas

pasadas, el recuerdo que se volvía al fin alegoría y pesaba como la tapa de un ataúd ante la visión del mundo desierto. Y a menudo su poesía fue la nostalgia de esa percepción, su claudicación funesta.

Y un escritor como Stevenson, que fácilmente vinculamos a la lectura de la infancia con su correlato de inmediato placer, curiosamente induce una conclusión similar basada, sin embargo, en una cierta depreciación de la infancia. En su ensayo “*Child’s play*” (“Juego de niños”), Stevenson comienza advirtiendo que la añoranza que sentimos por nuestra niñez no está completamente justificada dado que, por ejemplo,

*What we lose in generous impulse, we more than gain in the habit of generously watching others; and the capacity to enjoy Shakespeare may balance a lost aptitude for playing at soldiers.*¹²

Stevenson apunta otras ventajas cuya lectura puede sumirnos en una fatal melancolía: por ejemplo, la facultad de añadir pepinillos al cordero asado para que agrade al paladar, en lugar de tejer, como el niño, un encantamiento partiendo de las comidas de los cuentos. O la capacidad de percibir cosas por su conveniente hermosura, en lugar de verlas con el secreto propósito de usarlas para jugar. O dejar de mirar una vidriera con cierto asombro, y en su lugar hacerlo para modificar nuestras pequeñas e incongruentes teorías acerca de la vida. Una a una Stevenson enumera las desventajas de la infancia: su necesidad de invención, su falta de profundidad, su apego inmediato a las cosas que son pasibles de transformarse en objetos mágicos. Una bruma de irrealidad posee a los niños, se mueven en una vaga apariencia y su fantasía parece pedestre. Y sin embargo, en un párrafo de su invectiva, Stevenson escribe:

“Art for art” is their motto; and the doings of grown folk are only interesting as the raw material for play. (...).

*The true parallel for play is not to be found, of course, in conscious art, which, though it be derived from play, is itself an abstract, impersonal thing, and depends largely upon philosophical interests beyond the scope of childhood. It is when we make castles in the air and personate the leading character in our own romances, that we return to the spirit of our first years.*¹³

Así Stevenson reconoce, en el universo de la lectura, un retorno de la infancia bajo la forma de lo imaginario y su potencia irrealizante. De algún modo esas formas modelan la ficción y la inauguran. Como recordó Alberto Manguel en *Una historia de la lectura*, Stevenson no aprendió a leer hasta los siete años por lo que él llamaba el “Síndrome Scherezade”: prefería escuchar los relatos de su niñera, Alison Cunningham, que le leía historias fantásticas y recitaba himnos religiosos, por el placer de diferirlos y recuperarlos en su imaginación. De algún modo la lectura alcanzaba allí su absoluta pureza: era el espacio verbal de la escena infantil, pero todavía no había alcanzado su historicidad simbólica.¹⁴

La mención de la infancia en Proust, en Baudelaire, en Stevenson, por diversas vías, parece coincidir con la noción de Agamben: en su espacio, el espacio al que no se puede volver y que, sin embargo, constantemente regresa como evocación, se daría una experiencia única de lo humano basada en su condición previa a la conciencia lingüística. Conciencia a la cual, no obstante, fatalmente precede. La lectura, cuando es vinculada a la infancia, parece preservar esa experiencia, pero su manifestación se da, no obstante, cuando la infancia ha sido abandonada. Por ello lo imaginario toma el lugar

de la infancia en la lectura, como un *topos* donde el mundo se renueva en su presencia preverbal que, no obstante, sólo regresa al mundo bajo la forma lingüística, como una especie de transacción ficcional. El gesto proustiano acaso debe ser leído de un modo inverso: precisamente *porque* hay escritura, como un modo testamentario de un sujeto que escribe siempre en las vísperas de su fin, la lectura retorna, siquiera como ilusión, a una aurora del mundo. Entre esos dos vacíos, la pérdida de la infancia y la memoria de ultratumba, la literatura se desgarrá.

En cierto modo hay lectura porque la experiencia de la infancia no deja de conformar su verdadero marco, su escena propicia, su ensueño irremediable. “*La lecture* —escribió Proust— *est au seuil de la vie spirituelle; elle peut nous y introduire: elle ne la constitue pas*” (“La lectura está en el umbral de la vida espiritual; puede introducirnos en ella: no la constituye”).¹⁵ Podría pensarse que la lectura es el continuo de ese umbral que, sin embargo, se da cuando la infancia ya ha muerto. La lectura es el espacio donde se conjura y obra como límite de sentido la pérdida de la infancia -que, en términos de Agamben, sería la pérdida de la experiencia. La lectura es el umbral donde la infancia —espacio del habla muda, espacio de lo inefable, espacio de los objetos del mundo que retornan recordados— vuelve como huella, como indicio. Vuelve en los relatos que leemos, vuelve en los objetos que llama en la memoria, vuelve en un día perfecto que hemos sepultado, vuelve en el seno de la vida que parece más intensa mientras se despeña, mortal y temporal y diversa. En la lectura el mundo se interrumpe y también se duplica y allí la infancia se suspende, irreal, notoria, inviolada: allí la infancia funda, paradójica, la irredimible lejanía de una experiencia pura, como un eco soberano. La infancia como ese roce que fuga en nuestro deseo arrojado a estos desiertos.

Notas

- ¹ . “No hay, quizás, días de nuestra infancia que hayamos vivido tan plenamente como aquellos en los que creímos dejar de vivirlos, aquellos que hemos pasado con un libro preferido”(Marcel Proust, *Sur la lecture*, Paris, Mille et une nuits, 1994, p. 7. La traducción es mía). El lector podrá hallar en diversas compilaciones este ensayo de Proust traducido al español. La versión que prefiero es la de Marcelo Menasché: Marcel Proust, “Días de lectura”, en *El caso Lemoine*, Buenos Aires, Santiago Rueda Editor, 1946, pp. 207-248.
- ² . Giorgio Agamben, “Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia”, en *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2001, pp. 6-91. Traducción de Silvio Mattoni.
- ³ . Émile Benveniste, *Problemas de lingüística general*, I, México, Siglo XXI, 1991, p. 180.
- ⁴ . Giorgio Agamben, ob. cit., p. 70.
- ⁵ . Martín Kohan lo ha interpretado con agudeza, cuando escribe: “El lector tiene entonces que *deshacerse* de la realidad, y la lectura ya es menos un ‘hacer’ que un ‘deshacer’. Bajo la forma de la molestia o de la interrupción, el mundo no es el lugar en que se produce la lectura: es aquello que la impide. Sólo se puede leer cuando el mundo queda suspendido; ese esfuerzo de suspensión (que no es un movimiento de fusión, sino de discrepancia), marca la escena de las lecturas de infancia también en Proust” (“Modelos de lector”, en *Boletín de Reseñas Bibliográficas*, 7/8, Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras/Universidad de Buenos Aires, 2000, p. 119.
- ⁶ . “(...) y donde sólo tendría por compañeros, muy respetuosos de la lectura, los platos pintados colgados sobre la pared, el calendario cuya hoja del día anterior acababa de ser arrancada, el péndulo y el fuego que hablan sin exigir que se les responda y cuyas dulces argumentaciones vacías de sentido no vienen, como las palabras de los hombres, a substituir un sentido diferente del de las palabras que estabas leyendo” (Marcel Proust, ob. cit., pp. 8-9).
- ⁷ . “Esas altas cortinas blancas que ocultaban a las miradas la cama colocada como en el fondo de un santuario; una cantidad de cubrepiés de suave seda esparcidos, de coberturas floreadas, de cubrecamas bordados, de fundas de almohadas de batista, bajo las cuales la cama desaparecía durante el día, como un altar en el mes de María bajo los festones y las flores, y que yo, al atardecer, para poder acostarme, acomodaba con precaución sobre un sillón donde consentían pasar la noche; y al lado de la cama, la trinidad del vaso con dibujos azules, del azucarero similar y de la jarra (siempre vacía desde el día de mi llegada, por la orden de mi tía de que yo la “volcase”...), especie de instrumentos del culto —casi tan sagrados como el precioso licor de azahar, colocado junto a ellos en una ampolla de vidrio— que no me hubiera permitido profanar ni aun utilizar para mi uso personal, como si fuera un cáliz consagrado, que yo

apreciaba largamente antes de desvestirme, con el temor de derramarlo por un falso movimiento” (Idem, pp. 14-15).

- ⁸ . “(...) poblaban mi habitación de pensamientos, de algún modo personales, con esa apariencia de predilección por haber elegido vivir allí y complacerse en ello, que a menudo tienen, en el claro del bosque, los árboles, y, al borde de los caminos o sobre las paredes viejas, las flores” (Idem, p. 17).
- ⁹ . Idem, p. 19.
- ¹⁰ . Idem, p. 26.
- ¹¹ . “Es esta curiosidad profunda y gozosa que debemos atribuir el ojo fijo, de esa fijeza como animal que poseen los niños ante lo *nuevo*, sea lo que fuere, rostro o paisaje, luz, doradura, colores, telas tornasoladas, encantamiento de la belleza que embellecen las artes del tocador “ (Charles Baudelaire, “Le peintre de la vie moderne”, en *Oeuvres Completes*, Paris, Robert Laffont, 1989, p. 795. La traducción es mía).
- ¹² . El texto de Robert Louis Stevenson, “Child’s play”, publicado originalmente en *Cornhill Magazine*, 38 (Septiembre de 1878), fue incluido *Virginibus Puerisque and others Papers* (London, Kegan Paul, 1881). Este ensayo y toda la obra de Stevenson puede hallarse en Internet. Consúltense el muy completo sitio *The Robert Louis Stevenson Web Site* (www.unibg.it/rls/rls.htm). Para obtener el acceso a la lista completa de la transcripción electrónica de la obra de Stevenson, véase el sitio *The Online Books Page* (<http://digital.library.upenn.edu/books>). Transcribo la traducción al español de este párrafo tomada de: Robert Louis Stevenson, “Juego de niños”, en *Defensa de los desocupados*, Madrid, Escelicer, s.d., p. 145: “Lo que perdemos en generosidad de impulso lo ganamos con mucho en el hábito de observar generosamente a los demás; y la capacidad de gozar de Shakespeare bien puede equilibrar la perdida aptitud para jugar a los soldaditos”.
- ¹³ . “*El arte por el arte* es su lema, y los hechos de las personas mayores son sólo interesantes en cuanto materia prima para el juego. (...) El verdadero paralelo del juego no puede ser encontrado, naturalmente, en el arte conciente, el cual, aunque derive del juego, es en sí mismo una cosa impersonal, abstracta, y depende en gran parte de principios filosóficos que están fuera del alcance de la infancia. Es cuando nos construimos castillos en el aire y personificamos los protagonistas de nuestras propias novelas, cuando volvemos al espíritu de nuestros primeros años” (Ob. cit., p. 145).
- ¹⁴ . “Stevenson atribuía su sentido de lo dramático y la música de su prosa a los relatos con que lo dormía su niñera, Alison Cunningham, ‘Cummie’ le leía historias de fantasmas, himnos religiosos, opúsculos calvinistas y romances escoceses, todo lo cual, a la larga, encontró un sitio en su obra. ‘Fuiste tú quien me transmitió la pasión por el drama, Cummie’, le confesó siendo ya mayor. ‘¿Yo, señorito Lou? Nunca he pisado un teatro en toda mi vida’. ‘¡Ah, mujer!, respondió Stevenson. ‘Era la manera tan dramática que tenías de recitar los

himnos'. El autor de *La isla del tesoro* no aprendió a leer hasta los siete años, no por pereza, sino porque quería prolongar el placer de escuchar cómo los relatos adquirirían vida. Nuestro autor llama a esto 'el síndrome Scheherezade'" (Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Bogotá, Norma, 1999, pp. 409-410).

¹⁵ . Ob. cit., p. 35.